Memorias de mi piel

Ramiro Aguilar Torres

Ramiro Aguilar Torres

Quito, 1968. Conocido por su actividad como abogado y crítico inquebrantable de la sociedad ecuatoriana. En una nueva faceta de su controvertida actividad intelectual —en la que se incluyen años de docencia universitaria y la publicación de varios ensayos y artículos en revistas especializadas y periódicos del país—; pone en manos del público su primera obra literaria, consistente en una serie de poemas que reflejan sentimientos y verdades que solamente la poesía permite catalizar.

En época de abierto combate contra un Ecuador en total decadencia. Donde el derecho se ha vuelto surrealista, en manos de la más incompetente clase política de la historia de la República, el autor ha llegado a la poesía como catarsis. Y ofrece a los lectores de este libro la posibilidad de compartir sentimientos y recogerse a reflexionar sobre un hecho incontrovertible: "se puede vivir engañando a los demás, pero llega un momento en que no se puede seguir engañando a uno mismo".

Gran verdad individual e inobjetable verdad colectiva.

Memorias de mi piel

Ramiro Aguilar Torres

Memorias de mi piel

Memorias de mi piel
Ramiro Aguilar Torres

Derechos de autor N 021897
ISBN-9978-44-231-6
Número de ejemplares: 500

Portada: "Paisaje de Córdoba" (Archivo del autor)

Revisión de textos: Paola de la Vega
Diseño y diagramación: Carlos Reyes
Coordinación editorial: María del Pilar Cárdenas

Impresión: Impresores MYL
Mayo de 2005

A manera de prólogo:

Han tenido que llegar a mí la madurez y la soledad, para atreverme a hacer públicos los poemas que componen este pequeño libro, que recoge, en sentido casi literal, algunas memorias de mi piel.

Robert Walser le dijo a Carl Seelig: "Se puede engañar a los demás, pero a la larga uno nunca se engaña a sí mismo". Y uno de mis poetas favoritos, Álvaro de Campos, escribió: "Soy quien fallé ser/ Somos todos quienes supusimos/ Nuestra realidad es la que no conseguimos nunca".

Quienes lean estos versos - y a lo mejor se reconozcan en ellos - descubrirán lo que son para su autor y lo que el autor es para sí mismo, sin máscaras ni formalismos.

Por estos versos pasan mis odios y mis amores, mis miedos y mis deseos. Viví, durante muchos años, engañando desvergonzadamente mis sentimientos, viviendo realidades construidas a fuerza de necedad y egoísmo, para descubrir, en medio de la más absoluta soledad, que soy quien fallé ser.

Para poder expiar mis herejías, mis traiciones, mis blasfemias, mis negaciones y mis cobardías, he compuesto estos versos, cuya calidad literaria será juzgada por los lectores, a quienes esta edición está dedicada.

Ramiro Aguilar Torres
Quito, abril de 2005

"Y en cuanto a mí,
¿Qué me llevó a convertirme en escritor?
Creo que la respuesta es una sola:
me gustaba tanto leer que casi fatalmente
llegué a la escritura".

Rubem Fonseca

Alea jacta est

Cruzar el Rubicón.
Jugar el resto,
Con la incertidumbre
Del resultado.

No saber, si al final
Del camino escogido,
Está la felicidad o la agonía.

Si, la suerte está echada.
Los oráculos son propicios.
Voy adelante sin volver la cara.

Así vivo y así moriré.

¿Por qué corro si todavía te quiero?

Corro, cuando te veo,
Porque ya no somos los mismos.
Porque tenemos rostros distintos, cuerpos distantes,
Que no se reconocen ni se miman.

Corro, porque si llegan a cruzarse nuestras miradas,
Me abochornaría haberte perdido.
Corro, para hacerme el tonto, y no devolverte el alma
Ni pedirte de vuelta la mía.

Corro, porque si no lo hago,
Me quedaría sembrado en el suelo que pisas
Juntando mis raíces a las tuyas.
Corro, porque ya no somos los mismos y
Nos marchitaríamos juntos.

Amarte a la luz de la luna

Mientras caminaba solo por la playa,
Viendo esconderse el sol tras el horizonte marino,
Pensando en divisar navíos perdidos
Para siempre en el tiempo,

Distraídamente – lo juro -, tropecé contigo.

Yo: gordo, en bermuda y descalzo.

Tú: esbelta como una ninfa, con un bikini celeste y una especie de mantilla que cubría tus piernas.

También descalza.

¡Tonto! Se te atoró en la garganta
Cuando subiste la mirada y viste caer mis lentes
Sobre la arena.

Perdón, te dije, mientras a tientas trataba de encontrarlos.

Me ayudaste a recogerlos. Luego de las disculpas,
Pedí acompañarte hasta el hotel.

Con la conversación y la frescura del agua del mar en los pies,
Pasamos distraídamente el pequeño bulevar.
Lo curioso es que no hablamos de nosotros, sino de la luna
Que intensa, alumbraba la noche.

Se me ocurrió cantarte:

> *"Perdóname todo si es que te he ofendido, perdóname todo si es que te fallé..."*

¿Qué debo perdonarte? Me preguntaste, coqueta.

Esto, dije. Y te besé tan tierna y profundamente
que no nos separamos
Hasta caer juntos en la orilla del mar.

Lo demás, lo hizo el calor de la arena, la frescura del agua,
La complicidad de la luna.

Te amé febrilmente, mordiéndote el pecho
Mientras asía con mis manos la pequeña redondez de tus nalgas
Y penetraba en ti como un Dios poseyendo una doncella.

Fui Neptuno al sentir la humedad
De tu sexo.

En tus ojos de virgen poseída,
Brillaba la luna; y te juro
Que por un segundo, sentí que era a ella, encarnada,
A quien le hacía el amor.

No sé cuánto tiempo estuve en ti,
Ni recuerdo lo que nos dijimos,
Solamente sé, que no pude
Saciar la avidez de tus bocas.

Copulé como un Dios y fui vencido
Como un hombre.

Noche Mercenaria

Como tantas otras que tuve cuando ejercí de abogado.
Noche en que se confirmaba que el dinero era el rey.

Incontenible la codicia humana: deshace el patriotismo,
El honor, el amor y la amistad.

En una noche mercenaria
No hay mejor compañía en Quito que Verónica.

La Vero es una putilla de veinte y seis años
Que se acuesta con cualquiera
Que pueda pagar sus doscientos dólares por hora.

¡Hasta puede decirte que te quiere!

Te jura que desea cambiar de vida,
Viajar a los Estados Unidos.

¡Gime tanto y miente tan mal!
Que es ideal para purgar el alma
En este inmenso burdel
Que es el Ecuador.

Cómplice

Siempre pensé
La mejor amiga no existe.
En el fondo,
Este tipo de relaciones
Encubren atracciones
Arcanas. Destinos inconclusos,
Oráculos dados para la eternidad.
Los pobres humanos
Estamos condenados a ignorar.

Sin embargo, contigo descubrí
Lo contrario:

Proteges a los poetas porque
Te entristece su destino
Errabundo.

Amparas, por piedad, a los enamorados,
Como Templario, a un peregrino en Tierra
Santa.

Madre al fin, prodigas maternidad
Y das amparo a tus amigos.
A pesar de toda esa formalidad,
Dama medieval, eres una dulce compañera
De aventuras.

Tras tu temple de prócer,
Tus ojos de niña consentida
Son aliados de inconvertibles
Calaveras.

Gracias por acuñar complicidades.

Corazón vacío

De tantos besos regalados
A mujeres innombrables.

De tantas caricias entregadas
A mujeres mercenarias.

De tantos versos desperdiciados
Al oído de mujeres egoístas.

De tantas lágrimas que mojaron
El regazo de mujeres insensibles.

De tantas risas ahogadas por el
Grito de mujeres estruendosas.

De tanto equivocarme: perdí
El amor; y el poco que quedó,
Se lo di a la mujer equivocada.

Ahora, cuando posas tus senos
En mi pecho y me sientes distante,
Has descubierto que tengo
El corazón vacío.

Vacío y frío, como casa abandonada.

Don Quijote y Mata Hari

Siempre me meto
Donde no me llaman,
Siempre estoy peleando causas
Perdidas.

Lo que yo llamaba ordalías del destino,
Para ti, eran imprudentes arrogancias.
El caballero de la triste figura que yo veía
Reflejado en el espejo, era el flaco triste
Que tú veías todos los días al saludarme.

Tú querías realidades, seguridades y éxitos.

Los sueños están bien para las películas o los libros.

Tú querías construir, armar y controlar.

Yo, simplemente, quería y quiero vivir.

Por eso tu cansancio y tu partida.

Por eso mi eterna soledad.

El fisgón

No tienes nombre ni familia.

Tus jefes te prohibieron hablar.

Espiar es tu sino y tu tragedia.

Quisieras vivir pero te condenaron a mirar.

Pasas tus días añorando la mujer
De tu prójimo, la felicidad de tu vecino,
La familia del estudiante, la ropa del Ministro,
Las gafas del Presidente y los padres del
Obrero.

No observas, pues no hay una dosis de crítica
En tus ojos. Te ordenaron: ver, oír, anotar.

¡Descripciones! No opiniones. Te ordenaron.

Lo que no sé, ni sabré nunca, es dónde
Te sembrarán cuando mueras.

Los tipos como tú tienen vetado hasta el cementerio.

Muerto que camina fuiste. Ánima que vive serás.

El último adorno de una ninfa

Sacerdotisa del placer
Niegas con tu cuerpo
Todas las verdades.

Las sedas que cubren tus beldades,
Alucinan, al pobre observador de tus andares.

En tus sensuales contorciones,
Se revelan secretos que
Sólo pueden ser interpretados,
Por pocos iniciados,

En el rito del sexo desbocado.
Tu vientre hirviente caldero,
Quema a quienes lo penetran.
Y nadie conserva la cordura,
Luego de probar la ambrosia
Que fluye entre tus piernas.

Yo, que nada tengo de suicida,
Y que no me condenaré a la hervencia,
Por el pecado de haberte poseído.
Simplemente aspiro a
Poner una flor en tus cabellos.

Mi vida como un río

I

Hoy, me quedé contemplando un río.

El agua rugía al golpear contra las piedras.
Miles de sonidos hacían uno solo.

Al cabo de un tiempo,
Oyes un ruido interminable
Y monótono.

Igual que al verlo, parece que no se mueve,
Aunque jamás se detiene.

¡Tan inmóvil! ¡Tan trivial!
Hasta su enorme potencia y su
Fuerte corriente, se perciben al ralentí.

Todo río tiene nombre. Pero para la mayoría
De la gente es, sencillamente, el río.

II

Hoy supe que soy como un simple río.

Aunque diga frases diferentes, de tanto decirlas,
Suenan igual.

Aunque haga cosas distintas, de tanto hacerlas,
Parecen las mismas.

Como el río, perdí mi individualidad,
Para convertirme en algo cotidiano.

Porque a fuerza de hacer lo mismo

(Denunciar, con mi voz, las necedades de los otros,
Despertar, con mis actos, el oprobioso sopor
De los mediocres,
Correr desenfrenadamente hacia la muerte)

Aquellos que están en la orilla,
Me ven marchando en el mismo sitio.

III

Pregunté a los ribereños:

¿Por qué suelen contar historias de su río?

¿Por qué cuando la noche es muy negra
o la lluvia muy intensa, temen a su río?

¿Por qué cuando su río trae muertos
se estremecen y se santiguan?

¿Por qué, en suma, cuando nadan en él,
siempre están atentos a su voz?

Contestaron:

Porque el río es milenario.

Porque en la noche, el demonio
Boga en él a pesar de la corriente y de las piedras.

Porque cuando trae muertos, ven la futilidad de la vida y,
Algunos, la ausencia de Dios.

Porque si no lo escuchan, el aguaje súbito
Los puede llevar a regiones desde donde nadie
Ha regresado.

IV

Hoy que supe que era como un río,
Pregunté a los ribereños:

¿Qué harían si el río se secara?

Nunca lo habían pensado.

Para ellos, siempre ha estado y estará ahí.

Pero, si se secara, insistí.

El vecino más viejo me dijo:
Habría en este lugar, soledad, abandono y silencio de tumba.

V

Si no nadas en un río nunca lo entenderás
Ni lo respetarás.
No sentirás el vértigo de la corriente
Ni el miedo a que te arrastre.

Hoy me di cuenta,
Que para ti, desde la orilla, mi
Vida es como un río.

Te cansa verla, te aburre oírla,
Te abochorna lo que dicen de mí – siempre lo mismo -.

Tal como veo las cosas, te quedan dos opciones:

Entras a nadar en mi vida y sales cuando quieras,
Siempre atenta, claro está.
O te abandonas a la corriente.

La primera es supervivencia, la segunda es muerte.

Manrique decía: "Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar que es el morir".

Mi vida, amor, es el río que va a dar a la nada.

¿Quieres venir?

Irina

Quién lo hubiera dicho hace
Treinta y cinco años.

Tú, una linda niña rubia jugando
Con la nieve en tu Bielorrusia natal.

Yo, un bebé que se despierta llorando
En el sopor de la Colombia del cura Torres.

Nada en común, salvo el cielo.

Tú creciste mirando las mismas estrellas que yo.
Aquellas que te permiten ver lo que fue, no lo que es.

Íbamos en direcciones opuestas.

A ti te guiaba el Lucero del Alba,
A mí, la Estrella del Sur.
Si las cartas náuticas y la geografía gobernaran el destino
Humano, nunca debimos coincidir.

No obstante, seguidores de misteriosos baquianos,
Vinimos a dar al mismo lugar.

Tú, casada. Yo, burlando la soledad.
Tú, escondiendo en los clásicos el dolor del fracaso.
Yo, rebuscando en ellos la explicación del destino.

Tú me encontraste para quererme y desearme a medias,
Llena de talvez y de citas propias y ajenas.

Yo te encontré, para amarte y desearte sin palabras
ni películas ni libros.
Para amarte y desearte como se ama y se desea: sin condiciones.

Amanece, Irina: yo digo sí; y tú, ¿acaso buscarás en el recuerdo
de un verso, otro talvez?

La princesa y el rufián

Te vez como una princesa en medio
De los niños.

Acudo a los recreos solamente
Para verte.

Te observo; pero no como un fisgón,
Sino con la envidia tierna que me produce no ser de aquellos
Infantes que acaricias con tus manos y reprendes suavemente
Cuando, pilluelos al fin, hacen de las suyas.

Una princesa rodeada de chiquillos en medio
De castillos de juguete y danzando canciones
Que alegran los corazones más puros de
La humanidad.

Cuando te conocí, cinco minutos de conversación bastaron
Para definir los papeles:

Maestra, me respondiste cuando
Te pregunté ¿Qué haces?

Estudiante de Derecho respondí a igual pregunta.
Enseguida tus ojos se pusieron alerta.

Luego, tomé la guitarra y empecé a cantarte:

"Si eres como te imagino, no tengo modo de escaparme, tu cuerpo es como un remolino y no hay conjuro que me salve..."

Tu rostro cambió, había alegría en tus ojos.

Con la guitarra y la canción - que era solamente para ti -,
Llegaron tus amigas, hicieron el coro,
Pidieron más canciones,
Me brindaron unos tragos y me perdí.

Me extravié en el jolgorio, en ese carnaval eterno que ha sido la vida para mí.

Cómo iba a saber – si aún no te conocía totalmente -,
Que la chica a quien besé ¡Era tu mejor amiga!

Por Dios, ¿cómo podía saberlo?

Cuando la fiesta terminó, fue inútil buscarte,
Inútil llamarte, inútil visitarte, inútil decir que

No soy lo que viste. Porque maldita sea mi estampa:
¡Soy lo que viste!

Por eso, cuando el rufián que hay en mí
Duerme la juerga, el niño que fui va a verte desde lejos.
No se atreve a mezclarse entre los otros niños,
Porque sabe lo que ellos ignoran:
Los poetas y los cantantes siempre terminan
Haciendo lo que las princesas detestan.

Si no, querida mía, no serían ni cantantes ni poetas.

Cuando el juerguista despierta y me pide alejarme
De tanta ternura en busca de un par de cervezas,
Te doy la espalda y voy por la calle
Recitando estos versos de Zorrilla,
Atribuidos a Don Luis y a Don Juan Tenorio:

"¡Por Dios que sois hombre extraño!
¿Cuántos días empleáis en cada mujer que amáis?

Partid los días del año
Entre las que ahí encontráis.
Uno para enamorarlas,
Otro para conseguirlas,
Otro para abandonarlas,
Dos para sustituirlas,
Y una hora para olvidarlas"

Miedo

Le tengo miedo a la perversidad humana.
No a ser agredido sino a contagiarme.
Miedo a no ser el mismo
Luego de emerger de los fondos
En los que suele instalarse
La hez de la humanidad: los predadores.
O a descubrirme depredador de predadores.

La verdadera fé

Peregrino:

La verdadera Fe está
Dentro de la mística cueva de la vida.

No creas que es fácil llegar a ella,
Una férrea voluntad custodia su entorno.

Dos colosos la protegen.

Un frondoso bosque la rodea.

Para despejar el acceso, debes usar tus mejores versos
Como sortilegio.

Cánticos dulces y suaves movimientos,
Harán que un tenue rocío caiga sobre el bosque,

Haciendo más dóciles sus ramas.
Así la voluntad cederá.

Sin embargo, no debes avanzar desprotegido.

Usa tu lanza para que los dos colosos se separen.

Una vez descubierta la entrada y antes de clavarla
En señal de victoria, no la profanes.

Besa sus paredes, bebe sus líquidos;
Levanta tus ojos al cielo y agradece a tu Dios,
Por haberte permitido llegar hasta dentro.

Ora para que nunca se cierre, para que jamás se seque,
Para que siempre recuerdes el camino.

Si tu Dios no te escucha, llorarás por toda la eternidad.
Nadie te acompañará en el dolor,
Ya que solamente tú sabrás lo que has perdido.

Las reglas del juego

"Supongo que son las reglas del juego".

Frase terrible en la voz de una madre,
Cuando le comento que los impuestos
Se los roba el gobierno.
Que no hay escuelas ni hospitales públicos, porque
La plata para hacerlos está en manos
De ladrones de levita y uniforme.

"Esas son las reglas del juego".
Vuelve a decir impávida.

Replico que hay niños durmiendo en las calles
Cobijados con periódicos y, teniendo como
Cena, la luz de la luna.

"Esas son las reglas del juego".
Afirma tajante la mujer.
Me impaciento y digo que hay viejos
Durmiendo en portales, usando
Como abrevadero los depósitos
De agua lluvia.

Apostrofa, enojada por mi tontería:

"Esas son las reglas. Unos somos héroes,
Otros villanos.
Nadie puede salirse del equipo ni retirarse.
Manos poderosas tejen los hilos de nuestro destino.
Es un juego que nació con la vida
Y se extinguirá con ella".

Me enfurezco con la dureza,
Crueldad y fatalidad
De lo dicho.

Me río.

Irónico, le espeto que alguien que un día no quiso jugar,
Descubrió una forma de burlarse de las putas reglas:
Se mató.

La mujer, mientras se alejaba,
Me dijo: "Torpe,
Eso está escrito
En la regla número veinte y tres".

Liberación

Preso de brazos mercenarios,
Doce años de mi vida transcurrieron
Solitarios.

Desde la ventana de olvidada casa,
Extraviaba la vista, añorando
Cabalgar en la sabana.

Hasta que una joven negra,
Usando misteriosos ensalmos,
Venció a mi vil celadora.

Nada pidió a cambio.
Ni llevarme, quiso, a su aldea
Cercana.

Me dio libertad y un beso,
Mientras una lágrima
Derramaba azorada.

Me dijo: Ya mucho has padecido, con tu inútil
Condena, para que yo, ate nuevamente
Tu mirada.

Lolita

Cuando coqueta parpadeas
Y bajas la mirada sin atreverte
A encontrar mis ojos,
Dejas que en picaresca travesura
Se deleiten en el fresco
De tu adolescencia.

Imagino tus pezones,
Tan pequeños y suaves
Como botones de flores
Aún no abiertos todavía.

Cuando me descubres, sonríes.

Talvez me reprendes
Con la sonrisa que dibujan tus labios.

Talvez no.

A lo mejor, si me arriesgo y te robo un beso,
La vida me cambie.

Mas, son muchos talvez para
Este viejo, cuyo corazón reciclado
Ha olvidado cómo leer la mirada de una mujer.

Tú, llevas en los ojos de una niña,
La exquisita y perversa
Expresión de la lujuria.

¡Que Dios se apiade de mí!

Marieta

No llegaste compañera a
Los calabozos de tortura ni
A las manos de los monstruos
Que asechaban tu cuerpo rebelde
De veinte años.

No llegaste, porque el miedo
Te dio la alarma y volaste hacia Italia.

Mas el miedo fue contigo,
Impregnado en tu piel.

El miedo remplazó a tu amante camarada
Que reía contigo en tardes de domingo,
En casas de seguridad y en discusiones doctrinarias.

En Roma, a tu lado, ya no veías rostros sonrientes
Sino posibles enemigos.

En Parma, volvías la cara para buscar
Perseguidores que sólo tú sentías.

El miedo te hizo volver...

Cuando llegaste, miraste de frente al policía
que te selló el pasaporte.

Entonces descubriste que el miedo se había quedado en Italia.

Que fue inútil temer
A quienes ahora
Sentirán la fuerza de tus Palabras.

Maromero

La ciudad arde a tu rededor,
Pequeño maromero de esquina.
Cual artista de mísero circo
Contorsionas tu cuerpo
Y salen de tus manos
Pelotas que giran
Como lunas en torno de tristes planetas.

Tus ropas, lejos de llevar brillantes lentejuelas,
Se adornan con manchas de lágrimas
Y mocos.

Los automóviles, a tu lado,
Pitan inquietos una consigna que
Te es ajena.

Como extraña es para ti, la figura
Del déspota que atesora, en sus viles alforjas,
El dinero que te sacaría de la calle y te devolvería
La esperanza.

Para ti nada cambiará, maromero, sino las suertes;
Pero no la tuya, sino aquellas gracias que hacen
Las bolas que salen de tus manos, a la luz
De los reflectores de los autos.

Tienes luminarias, es cierto, pero en el
Más desdichado de los teatros:
La calle.

No vengas

No te equivoques,
No vengas, no te conduelas,
No llores por mí.

Porque no sufro,
Porque estoy en paz.

Ayer, miré fijamente a los ojos
De la Virgen y solamente observé un
Cuadro.

Aquel, ante el cual, piadoso, hacía
Mis oraciones matinales.
Aquel que más de una lágrima vio brotar de mis ojos,
Cuando en las pequeñas derrotas juveniles,
Acudía en su auxilio con credulidad imberbe.
Ayer, simplemente fue un cuadro: frío, silencioso,
Distante.

¿O es mi corazón el que ya no tiene espacio para
El amor?

No sé.

Si los ojos de la que, en contemplativos
Cánticos, llamé mi Madre, no me dicen nada.

Querida, los tuyos, a veces pícaros de ambición, y
Otras, suspicaces por alguna arcana estrategia,
No me tientan ya.

No vengas, porque nada tengo que darte.

Patricia y la Templanza

La templanza es una virtud
Que aparece cuando todo tu
Ser flaquea.

Cuando cansada de llorar,
Abandonada al inexorable
Cauce del destino, bajas
Los brazos y te rindes.
Algo, desde tus entrañas,
Emerge para sostener
La vida en tu cuerpo.

Eso, amiga mía, es la templanza.

La templanza es femenina.

La templanza fluye
De la matriz sagrada de la mujer.

Está en la entrega de la amante,
En la abnegación de la madre,
En la solidaridad de la amiga.

Patricia:

La templanza está en tu vientre, en tu corazón,
En tu alma.

¡Me dices que piensas en últimas veces,
En ciudades que no conocerás,
En caminos que jamás recorrerás,
En resignarte a tu enfermedad!

Patricia:

El simple recuerdo
De tu sonrisa me reanima.
La sencilla añoranza de tus caricias
Renueva mi confianza en la vida.

No me digas que dejas la tuya,
Porque no te creo.

Tienes demasiado temple, mujer.

No ha llegado tu hora todavía.

Retrato

Encerrado entre cuatro paredes blancas
Purgo mi locura.
Cuando mis custodios me sacan a tomar el sol,
Guardo pequeñas piedras que uso como pinceles,
Para dibujar en los albos muros
El único recuerdo sano
Que me queda en la memoria.

Trazo, con pulso firme, duras líneas que
Van formando sus cabellos cortos.
Marco, con furia, las cejas sobre unos ojos
Que imagino verdes.

Desciende mi mano herida por la piedra empuñada,
Hasta colorear, con mi sangre, el rojo de sus labios.

Entre carcajadas y gritos horribles,
Abro en cruz mis brazos, me acerco a las gélidas
Paredes y poso suavemente mis labios en los suyos.

Luego me derrumbo y, sentado de espaldas a su rostro,
Lloro como un niño hasta que su imagen se pierde
En el laberinto perverso de mi mente.

Te hago canción

Las notas salen solas de
Mi mente cuando veo la
Dulzura de tu cara.

Entonces, pongo música
Al coqueto parpadeo
De tu ojos.

Traduzco los arpegios
De tu voz en sonidos transparentes
Como tu alma.

Te hago canción
Para inmortalizar el enorme placer
De contemplarte.

Encuentro la armonía perfecta
Para traducir, en versos, la paz
Que me da tu mano compañera.

Te hago canción y te digo, para siempre,
Que te amo.

El trofeo de una tonta

¿Porqué debo estar alegre y recibir tus caricias,
Si regreso perdedor?

¿Qué debo festejar, ingenua, si he sido humillado, derrotado,
Ultrajado?

Seguir vivo y tener familia, dices, y cierras tus labios
Ofreciendo el más falso de los besos.

No estoy vivo.

Morí.

Por pelear sin armas, acompañado
De gente inocua y sin convicción.

Por jugar a revolucionario, a conquistador
Del futuro, olvidando que éste no existe.

Me mataron los otros.

Ahora, mis hijos, tonta, vivirán avergonzados,
Escondidos, porque su padre (al perder), les legó
Un país donde nadie está blindado al dinero,
Donde no hay mejor razón que una falacia,
Donde nuestra bandera está hollada
Por fratricidas y mercenarios.

¡Nada de violines, ni banquetes!

¡Deja que me encierre en mi biblioteca a soñar
El país que quise y no pude construir!

¡Festeja el triunfo de haber contribuido,
Con tu simpleza, a destruir mis empeños!

¡Exhíbeme como un trofeo!

Al fin y al cabo, volví, pero muerto.

Tus manos

¿Sabes?

Estrechar tus manos
Me produce una sensación extraña.
Como si profanara, como si estuviera
Sosteniendo instrumentos sagrados.
Las imagino:

Dulces, sobre la frente
De enfermos que se aferran a tu
Presencia para alejar la de la muerte.

Profesionales, manejando rápidamente
Las herramientas con las que el ser humano
Lucha inútilmente contra el cáncer.

Firmes, cuando estrechas las manos
De los sobrevivientes.

Las siento:

Tiernas, cuando, de repente, te sostienes
De mí y tengo tus pechos generosos
Pegados a mi espalda: entregados, confiados,
Disfrutando de la velocidad vertiginosa
Y del riesgo.

Las deseo:

Descubriendo mi cuerpo mientras
Descubro el tuyo.

Las intuyo:

Cerrando mis párpados.

Vivir desmembrado

Amados hijos:

¡Tuve que dejar nuestra casa!
La razón:

¡Dejé de querer a su madre!
Ella:

Cobró cara su soledad.
Se quedó con ustedes.
Los vio crecer, reír, llorar, enamorarse,
Caer, levantarse y vencer.

Ustedes:

No comprendieron mi ausencia.
No sintieron mi enorme tristeza.
Aprendieron a vivir sin mi presencia.

Yo:

Comprendí azorado
El castigo del que escoge mal a la mujer:
Vivir desmembrado.

Los amantes verdaderos vencen a dios

Si te hubiese conocido antes...

Estas son las cinco palabras
Más tontas de todas las que
Pueden pronunciar dos amantes.

El pasado no existe.
Simplemente somos
El instante de la conciencia.

Antes no hay nada; después, tampoco.

Si Abelardo y Eloisa hubieran sabido lo que
A su amor le deparaba el futuro: castración
Y reclusión para él; encierro y frustración para ella,
¿Habrían empezado sus amores?

Imposible saberlo.

No obstante, a los dos, les quedó el fuego de la pasión
Ardiendo en el alma, hasta el último día de sus vidas.

Él, lo volcó en la filosofía y en la teología.

Ella, en él.

Ambos deben estar en el cielo de los amantes que está
Un poco más arriba del de la gente común.

El amor prohibido es el entretenimiento de un dios morboso.

Incapaces de escapar a nuestro destino, los humanos nos vengamos
Viviendo el más febril de los placeres,
Mimando con el más entrañable y tierno de los cariños.

Entonces,

Ese dios solitario interfiere tu destino,
Te manda juzgadores, remordimientos, y tragedias.

Sin embargo, los humanos nos defendemos:

Hacemos el Amor con más frenesí.

Castigamos la perversidad del destino
con la agudeza de la razón
Y la dignidad del libre albedrío.

Esperamos la muerte - que nos llega a todos, amantes o no -,
Vencedores.

Índice

Alea jacta est, 11
¿Por qué corro si todavía te quiero?, 12
Amarte a la luz de la luna, 13
Noche mercenaria, 16
Cómplice, 17
Corazón vacío, 19
Don Quijote y Mata Hari, 21
El fisgón, 23
El último adorno de una ninfa, 25
Mi vida como un río, 27
Irina, 35
La princesa y el rufián, 37
Miedo , 40
La verdadera fé, 41

Las reglas del juego, 43
Liberación, 45
Lolita, 47
Marieta, 49
Maromero, 51
No vengas, 53
Patricia y la Templanza, 55
Retrato, 57
Te hago canción, 59
El trofeo de una tonta, 61
Tus manos, 63
Vivir desmembrado, 65
Los amantes verdaderos vencen a dios, 67

Robert Walser, le dijo a Carl Seelig: "Se puede engañar a los demás, pero a la larga uno nunca se engaña a si mismo". Álvaro de Campos, decía:

"Soy quien fallé ser/ Somos todos quienes supusimos/ Nuestra realidad es la que no conseguimos nunca".

Por estos versos pasan mis odios y mis amores; mis miedos y mis deseos. Viví, durante muchos años, engañando desvergonzadamente mis sentimientos. Viviendo realidades construidas a fuerza de necedad y egoísmo. Para descubrir, en medio de la más absoluta soledad, que soy quien fallé ser.

ISBN 9978-44-231-6